

UN EJERCICIO DE TRANSPIRACIÓN EN TORNO A LA EVALUACIÓN

Berbegal Vázquez, Alfredo

17 de febrero 2003

«À quoi ça sert?» o «quel est la fonction de...?» son cuestiones que responden a un análisis funcionalista de la realidad, a una visión instrumentalista del mundo. Punto de partida de Berthelot en su estudio sobre la escuela francesa (Berthelot, 1983, 25-29), y que bien podría serlo para una reflexión sobre la Evaluación.

Cuando respondemos ante una determinada situación, lo podemos hacer a dos niveles: uno que es automático y reactivo, y otro que es reflexivo y propedéutico. Sólo en este segundo nivel podemos hablar de Evaluación, es decir, y dicho de otro modo, cuando la valoración está condicionada por una finalidad. En este sentido, la importancia de un análisis previo de la Evaluación desde una perspectiva funcionalista se presenta como relevante, pues, la función y la finalidad guardan una relación directa (la función como instrumento para un fin). Entonces... ¿para qué sirve la Evaluación? Y en consecuencia ... ¿cuál es la función de la Evaluación en nuestra sociedad?

Son preguntas a las que no se puede responder tajantemente, y, el hecho de hacerlo, implica un posicionamiento determinado en Evaluación. Una serie de presupuestos axiológicos y antropológicos subyacen a este posicionamiento (con especial relevancia en la evaluación social), produciéndose una interacción entre éstos y la propia función asignada, su finalidad, no sabiendo muy bien qué condicionante es anterior o posterior. Unos presupuestos epistemológicos diferentes entre sí, que tratan de comprender la complejidad social, envidian este juego de carnavales queriendo también participar en él, problematizando aún más el panorama de la Evaluación al salpicar a los presupuestos anteriores, o bien al hacer uso éstos de aquél para convencer y defender unos determinados intereses. Tal vez, y en el poco horizonte que hasta ahora he avistado en Evaluación, estos tres presupuestos entran en un juego interactivo del cual emerge una determinada definición de esa finalidad.

Pero... ¿estamos hablando de la finalidad general de la Evaluación, es decir, de su razón de existir, o de aquélla que se construye en la situación concreta ante una determinada necesidad?

Parece ser que la finalidad general de la Evaluación, hablando en términos de profesionalización o institucionalización de esta disciplina, se puede determinar en relación al nacimiento del liberalismo (House, 1997, 46): la racionalización y justificación de la sociedad de mercado (posición filosófico-política bajo los que habitan diferentes presupuestos axiológicos), la psicología individualista (presupuesto antropológico) y la orientación empirista (presupuesto epistemológico). En este contexto, y ante una cada vez mayor “complejización” de la sociedad (agrícola-ganadera, industrial primer orden, industrial tecnológica, informativa), se necesitan estudios concretos de las situaciones y elaboraciones de alternativas posibles, que den respuesta a una sensación abrumadora de desconocimiento e incompreensión, de vértigo a una supuesta y relativa libertad de elección generada (distintas concepciones de democracia liberal). Una sensación y un vértigo que no sólo será evocada en el ciudadano de a pie, sino en los propios dirigentes o personas con una alta responsabilidad social, en las instituciones que, también ante un proceso burocratizador cada vez más acentuado, adquieren vida propia. Esta necesidad impregnará todo el sistema bajo el que la sociedad se organiza y se entiende a ella misma.

Así pues, la Evaluación se irá moldeando como instrumento de control social, llenando un hueco de incertidumbre ante una toma de decisiones cada vez más complicada, y donde, ante esta incertidumbre, se garantice, de alguna manera, la inviolabilidad del propio sistema bajo el que nos organizamos. Esto provocará una tendencia a la función de servicio, relegando a la Evaluación a una posición de sumisión a las necesidades que la sociedad genera, a una creciente dependencia del Sistema a mayor grado de institucionalización y profesionalización que alcance.

Sin embargo, en toda democracia liberal, una misma idea se puede defender de distintas maneras, y a toda idea puede emerger su réplica y oposición. Es decir, en Evaluación podremos ver posiciones próximas al Sistema, que entienden que ésta debe desempeñar el servicio demandado para el mantenimiento del equilibrio social (razón instrumental); posiciones menos próximas al Sistema, pero que actúan dentro de él

tratando de comprenderlo y mejorarlo (razón comunicativa); y posiciones subversivas y de constante cuestionamiento de los intereses bajo los que nos organizamos (razón crítica). En el ámbito social, y más en Educación, donde se desarrollan unos intereses definidos en la creación del futuro ciudadano, los discursos entorno a la posición por, con o contra el Sistema tienen repercusiones sustancialmente divergentes. En este sentido, si la función de la Evaluación nace bajo las circunstancias y con la finalidad social explicada, ésta, conforme va creciendo, puede rebelarse contra sus orígenes.

No es de extrañar que House (1997) titule su libro “Evaluación, ética y poder”, donde se trate la evaluación no sólo como proceso de indagación y obtención de información, sino, y sobre todo, como proceso político, en el que determinadas posiciones de justicia y poder relegan a un medio, y no a un fin en sí mismo, la obsesión por la objetividad y rectitud del proceso, haciendo especial hincapié en la credibilidad y la imparcialidad (House, 1997, 89). No es de extrañar que la Cuarta Generación entienda la Evaluación como un proceso socio-político (Guba y Lincoln, 1989), en el que los aspectos sociales, políticos y culturales no son meras influencias o distractores, sino que son elementos integrantes y esenciales. No es de extrañar que, ante el dibujo social de la Evaluación, el evaluador se replantee también su propio rol: ¿político o científico? Y en consecuencia ... ¿ética de la convicción o de la responsabilidad? (Weber, 2001, 164-169).

Por supuesto, la perspectiva que se pueda adoptar en Evaluación no está condicionada, simplemente, a una elección entre tres alternativas: por, con o contra. Existen muchos grises en la dicotomía blanco-negro, y muchas “falsas conciencias” cuando equiparamos un determinado discurso a la propia esencia de la Evaluación, o cuando bajo una aparente posición estamos defendiendo, de manera soterrada, distintos intereses. No contamos con un marco teórico ético absoluto bajo el que justificarnos: utilitarismo (House, 1997, 114-118) frente a crítica dialéctica; ética intuicionista/pluralista (House, 1997, 118-120) por principios profesionales (¿tecnocracia?) frente al “todo vale”, en el que a veces los resultados pueden llegar a ser más retrógrados que los impuestos desde el Sistema; justicia como equidad (House, 1979, 120-126), donde la ética queda sometida a unos referentes muy concretos, frente a posiciones, como la de Wittgenstein, en las que se cuestiona una ética convencional y aprensible a través del lenguaje.

De una manera u otra, e independientemente de ese marco ético, tal vez, sólo a través de los hechos concretos seamos capaces de experimentar o de construir ese “sentir” ético. Y, si nos vamos al hecho concreto, nos estamos dirigiendo a esa finalidad concreta de la Evaluación, adaptada a una situación impulsora, más tangible que aquella general que trata de justificar la Evaluación en nuestra sociedad. Es tal vez, en último término, esa sensación de vértigo ante la elección, esa vivencia de angustia anticipatoria, los sentimientos que se experimentan antes, durante y después al observar las consecuencias de nuestra acción, lo que va de una manera u otra filtrando los tres presupuestos mencionados (axiológico, antropológico y epistemológico), y lo que va moldeando el papel que debe cumplir la Evaluación respecto a nuestro Sistema.

Estos grises en la posición a adoptar en Evaluación se construyen a partir de la interpretación de esa tensión dialéctica que existe entre el Mundo de Vida y el Sistema, en términos de Habermas. Si bien la Evaluación se origina y se define dentro del Sistema, como ya se ha señalado anteriormente, ésta puede renegar de estas raíces al tratar de estar más cerca del Mundo de Vida. Una sensación esquizofrénica impregna el panorama de la Evaluación al cuestionarse su función inicial; cuando se trata de comprender la realidad del Mundo de Vida y tratar de responder a una necesidad, tal vez originada desde el Sistema; cuando la comprensión de este Mundo de Vida se nos asoma relativa y compleja, además de en continuo cambio (¿en qué momento dejamos de comprender para actuar o tomar las decisiones?), adoptando otras posiciones epistemológicas y ontológicas alejadas de unos presupuestos iniciales distintos (relativista/ instrumentalista/ constructivista vs. racionalista/realista); cuando el mismo Sistema crea realidad en el Mundo de Vida; cuando no nos convencen las cosas, pero tampoco encontramos alternativas.

En este punto, se nos exige que el análisis vaya más allá de una interpretación funcionalista, más allá de un pensamiento lineal y mecanicista, abarcando la reflexión sobre la Evaluación como un proceso que está inmerso en un juego complejo de fuerzas sociales, no aislando un modo particular de comprensión como único y fundamental. Un juego que crea realidades sociales dinámicas, irreversibles, complejas. Unas realidades que nos provocan unas huellas en nuestra existencia. Unas huellas que determinan las gafas con las que nos asomamos a la realidad. Un círculo vicioso en el que las relaciones son multidireccionales: sentido ético, realidad social, presupuestos de partida,

finalidad concreta y finalidad general. Un juego complejo en el que la Evaluación no es sólo resultado, sino a la vez participante y elemento implicado, pues ella misma modifica esa realidad social que a la vez la condiciona (responde al corolario 1 A de la Cuarta Generación: la Evaluación crea realidad; Guba y Lincoln, 1989, 263), haciendo más evidente su potencial como instrumento de reproducción o transformación social.

Parece ser que no se puede afirmar que la finalidad general de la Evaluación determine cómo construimos la finalidad que ésta tiene en una determinada situación y los presupuestos de partida, a pesar de que bajo algunas posiciones así sea (pragmatismo). No se puede afirmar rotundamente que determinados presupuestos de partida emerjan de una finalidad general replanteada y moldeada desde un supuesto sentir ético “adecuado” (Cuarta Generación o evaluación etnográfica). Pero, sin embargo, en este eterno relativismo ... ¿qué podemos afirmar de manera rotunda en Evaluación que nos proporcione algún consuelo y seguridad? Tal vez ninguna, por lo que ésta se limita a convencer y a persuadir con argumentaciones bajo las que deja ver todo el camino que recorreremos para interpretar una determinada situación de esta manera y no de otra, argumentaciones que se respaldan bajo unos presupuestos y una determinada visión del mundo, y de las que salen unas posibles alternativas o propuestas con un peso social determinado.

Estas ideas desarrolladas sobre la Evaluación te obligan a plantearte una duda eterna, un constante “depende”, que te permiten aclarar cosas mientras te bañas en la confusión, que te hacen cuestionar afirmaciones como “la evaluación formativa no existe”: ¿desde qué perspectiva se defiende? ¿qué finalidad le atribuimos a la Evaluación? ¿acaso la Cuarta Generación no dice que la Evaluación debe ser formativa y que se convierte en un proceso de enseñanza-aprendizaje? ¿si la Evaluación crea realidad en qué medida no puede ser un proceso formativo?; o como “la evaluación etnográfica es una contradicción”: ¿cuál es el referente? ¿éste emerge desde fuera o desde dentro? ¿la Evaluación la situamos como instrumento del Sistema o como proceso que se utiliza para comprendernos y adoptar decisiones en el seno de esa comprensión?; o como “la evaluación desde la crítica no predetermina los objetivos, pero sí la función”: ¿por qué no también la función? ¿acaso, en una realidad compleja, un análisis funcionalista no es reduccionista? ¿el predeterminar la función no nos condiciona incluso de manera más fuerte? ¿miedo a desmontar el Sistema sin alternativas?;

Todo esto, como se puede observar, es un ejercicio de transpiración, muy alejado de la inspiración. La lectura de tres libros y la reflexión en torno a distintas ideas expuestas durante estos últimos tres meses entorno a la Evaluación, pueden ser ricas semillas que germinen, a largo plazo, en alguna idea sólida o posición profesional, pero, honestamente, no ofrecen la madurez suficiente como para cuestionar grandes líneas de pensamiento o posicionamientos teóricos que hasta la fecha han ocupado el campo de la Evaluación.

Con ello pretendo señalar que este documento no es más que un borrador, un instrumento de reflexión de un ni tan siquiera principiante que se permite el lujo de pensar sin a veces saber lo que ya otros han pensado. Una osadía cuyas pretensiones no son otras que las de abrirse uno mismo la cabeza y experimentar el hábito de la reflexión, sirviendo como pequeño escalón en el interminable camino del conocimiento y del cuestionamiento de la construcción de la realidad.

Me parece oportuno reflejar las sensaciones personales y no tan sólo las ideas, pues para mí representan algo importante en la valoración de mis aprendizajes desarrollados en esta asignatura. El ejercicio de reflexión ha provocado sentimientos en gran medida contradictorios: inseguridad frente a autonomía; infelicidad y sentimientos catastrofistas frente a esperanza e ilusión por cambiar las cosas; angustia y desesperación frente a paciencia y paz interior. Una lucha de fuerzas que, a pesar de haberlas experimentado más de una vez, se han visto agitadas por el desencantamiento del mundo que han hecho germinar las distintas sesiones y lecturas realizadas.

Este desencantamiento despierta la conciencia, observando cómo tú mismo tienes unos presupuestos y unos valores interiorizados que determinan tu vida, y que, a veces, es conveniente para otros, y no para ti, el que se mantengan anestesiados por tu ignorancia:

- Un desencantamiento en el que se plantea cómo en la sociedad cada vez más compleja en la que vives, determinadas posiciones evaluativas han sido asumidas por ti como incuestionables, lógicas y normales, cuando, sin embargo, a éstas subyace un control sibilino y unos intereses, la gran mayoría de las veces,

unilaterales. Así pues, se construye una falsa conciencia en la que un determinado discurso de la evaluación sustituye a lo que es la Evaluación.

- Un desencantamiento que te hace pensar por qué eres como eres y no de otra manera, que hace evocar muchos de tus recuerdos de toda tu vida escolar y social, a veces experimentando una sensación de impersonalidad.
- Un desencantamiento acerca de conceptos tan supuestamente familiares como justicia, ética, ciencia, poder y verdad, que acaban siendo ambiguos, relativos, inabarcables, absolutamente desconocidos.
- Un desencantamiento que hace replantearse tu propio proceso de enseñanza aprendizaje cuando observas que eres hijo de una escuela en la que se construyen significados epistemológicos racionalistas y realistas, con las connotaciones que eso conlleva en la interpretación posterior de conceptos científicos como objetividad y validez.

... un encantamiento por el desinteresado acto de pensar.

BIBLIOGRAFÍA

- Berthelot, J. (1983): *Le piège scolaire*. Paris: PUF.
- Guba, E.G. y Lincoln, Y.S. (1989): *Fourth generation evaluation*. Newbury Park, CA: Sage
- House, E.R. (1997): *Evaluación, ética y poder*. Madrid: Morata.
- Weber, M. (2001): *El político y el científico*. Madrid: Alianza editorial.

